

Maternidad en cuarentena

Rosa Olimpia Castellanos Vargas



En los últimos días de mayo del 2019, cuando al salir de un curso de capacitación en el Instituto de Ciencias Sociales, comencé a sentirme mal. Era un malestar repentino con sensaciones de mareo y náuseas.

Tenía que pasar a recoger a Amanda a la primaria, lo hice lo más rápido posible; al llegar a su escuela, la tomé de la mano, sin saludar ni sonreír a nadie, ya que estos gestos que me gusta tener con su maestra y las otras madres del grupo de Amanda, en esta ocasión, no me nacían. Creo que era el malestar estomacal.

Al llegar a casa, esa molestia se había incrementado al grado de provocarme el vómito, así que decidí tomar un baño para sentirme mejor. Mi esposo, nada vacilante, se apresuró a preguntarme:

- Rosy: ¿estarás embarazada? -Y sin detenimiento salió rumbo a la farmacia a comprar “la prueba”.



Para entonces, ya teníamos dos hijos, Amanda de siete y Essien de dos, pero mi marido y yo habíamos pensado tener dos más. Esperamos un rato y la prueba se pintó con dos líneas en tonalidad rojiza, supimos que pronto volveríamos a ser padres. La emoción inundó nuestro hogar. La primera en enterarse fue Amanda, que estaba feliz de tener un “nuevo hermano”.

Compaginar el embarazo, la maternidad y mi vida laboral era un verdadero reto, pero siempre me han gustado los desafíos. Realmente amo ser profesora y mi papel como madre en este mundo, encuentro ambas actividades muy gratificantes y a la vez muy demandantes; hacer malabares para no descuidar ninguno de mis dos papeles me hizo dormir muy bien todas las noches de gestación.

El día 15 de enero del 2020 por la noche recibimos a Miranda en nuestras vidas, llegó a este mundo por medio de una cesárea. Era una nena preciosa, con ojos muy negros y abiertos, que nos miraba fijamente.

Nuestra rutina se modificó. Yo ya no podía hacer las actividades que hacía con anterioridad, lo cual me frustraba un poco; por lo tanto, mi marido se hacía cargo de más cosas como peinar a Amanda por las mañanas antes de salir rumbo a la escuela. Aprendió rápido y creo que no ha habido otro tiempo en que ella estuviera mejor peinada, pero ese no era el único cambio que nuestra familia iba a vivir.

Empezábamos a tener conocimiento de un virus que estaba poniendo en jaque a China y se iba esparciendo por los países europeos. El 27 de febrero se confirmó el primer caso de Coronavirus en México. Comenzó a rondar en mi cabeza la idea de que tal vez no había sido un buen momento para tener un bebé. En esos días, al ver las noticias y enterarnos de la situación con la enfermedad, decidimos en familia que Amanda



dejara de asistir a la escuela, aunque era semana de exámenes. Todo por el temor al contagio del nuevo coronavirus.

El día 13 de marzo empezó nuestro aislamiento. Amanda, Essien, Miranda y yo comenzamos a estar juntos todos los días, todas las horas del día, y hasta las noches. Mi marido es el único que sale de casa; va a trabajar y a comprar cosas al supermercado. Perdí el privilegio de ir a escoger las mejores frutas y verduras, pero gané la oportunidad de ver crecer detenidamente a Miranda, estrechar lazos con los niños y reencontrarme con mi marido.

Al principio todo era vida y dulzura, los niños jugaban contentos, estaban felices de pasar mucho tiempo juntos. Poco a poco las cosas comenzaron a cambiar. Mis hijos empezaron a dormir y despertar más tarde. Los alimentos se tornaron variados y completos en las comidas porque ahora mamá *se da tiempo* para cocinar. Pensar que *estar en casa sería un total relax* era lo más errado que había especulado hasta el momento.

La escuela de Amanda nos envió un correo donde nos explicaban que teníamos que descargar una aplicación para realizar y subir las actividades escolares. Todos los días tarea de español, inglés y educación física, una vez a la semana música y computación.

Estos deberes tienen que ser balanceados con la lactancia materna, cambios de pañales de Miranda, el control de esfínteres de Essien, preparación diaria de los alimentos: desayuno, comida y merienda; a ello se suma el baño diario de los tres niños. Sin contar con los reniegos de Amanda y su renuencia al cepillado del cabello enredado de tanto brincar, dar maromas en la cama y los pasos locos que hace en los concursos de baile que se disputa con su hermano menor.



El desgaste físico, como el desgaste emocional empiezan a estar presentes en nuestro hogar debido a las peleas, gritos y regaños. Las discusiones de pareja tampoco se hacen esperar; los mínimos desacuerdos causan roces.

No cabe duda de que el aislamiento ha impactado a todos de diferentes maneras. Para muchos el distanciamiento social nos ha provocado un acercamiento familiar, un clavado a lo privado, a replantear y valorar las relaciones que tenemos con nuestra familia, con nuestros amigos y vecinos.

Me preocupa cómo va a concluir esta situación, esperamos que las consecuencias de este distanciamiento sean de alguna manera positivas, nos da la posibilidad de conocernos mejor y estrechar nuestros lazos de amor.

Los niños, mi marido y yo estamos bien...

La vida es diferente, las pasiones han cambiado.

